

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# La huérfana y el joyero

---

Gavin Jurgens-Fyhrie

## **Capítulo 1**

*«Antes de mi primer atardecer en Zhou, había sido insultado, despojado de dinero, ropa y dignidad, y dejado por muerto en un charco. Según supe después, tuve suerte de salir tan bien parado». —Abd al-Hazir, Crónicas de Xiansai*

Sonriendo al fuerte viento, Jia saltó desde una chimenea y cayó hacia las tejas dentadas del tejado de la casa de juego. Su daga le golpeó suavemente la parte baja de la espalda. Dentro de diez minutos la usaría para matar a un hombre. Dentro de un segundo tendría que pensar en el aterrizaje.

Nada de eso importaba ahora. Estaba volando.

Zhou era un discordante revoltijo de 16 kilómetros de elegantes templos de piedra y tabernas en chabolas, de torres fortificadas y casas de vecindad destartaladas, todo hacinado en la cuna de la cordillera Guozhi. Dado que las avenidas se consideraban un desperdicio de valioso espacio, era más una ciudad de callejones ocultos y sinuosos que de calles y plazas. Ahí abajo podía ocurrirles cualquier cosa a los descuidados, y a menudo así era.

Jia rodó al aterrizar, con su armadura acolchada llevándose la peor parte del impacto en silencio, y en cuestión de medio segundo ya estaba otra vez de pie y corriendo. Aquí arriba podía elegir su propio camino. Nada de callejones sin salida o últimas paradas. Tan solo miles de tejados y libertad en todas direcciones. Podía hacer como si no tuviera obligaciones. Como si fuera libre de ir a cualquier parte.

Las ventanas pasaban fugazmente, con los jugadores de cara avinagrada demasiado ocupados con sus malas manos como para reparar en ella. No obstante, el Hermano

Mayor Qiu, sentado junto al hombre al que a ella le habían ordenado matar, sí lo hizo; arqueó una ceja irritado por la temeridad de la chica, y ella saludó alegremente con la mano. Que te descubrieran los miembros de la Décima Familia no contaba como prueba suspendida. Ellos estaban *entrenados* para ver cosas.

Nueve Grandes Familias gobernaban Zhou, cada una denominada según la industria que controlaba en la ciudad. La Décima Familia no tenía más nombre que su número. Su monopolio era la delincuencia: robo, contrabando, vicio y asesinato.

La familia había criado a Jia desde que esta era una criatura. Y no era la única. La mayoría de niños perdidos y abandonados que sobrevivían en las mortíferas calles de Zhou terminaban tarde o temprano en la metafórica puerta de la Décima. La Décima Familia proporcionaba a estos huérfanos comida, una cama y un entrenamiento útil. Y cuando cumplían los dieciocho, les daban a escoger.

Podían marcharse con una generosa bolsa de oro y elegir su futuro. Había una gran parte del mundo que *no* era Zhou, y había muchos sitios en los que jóvenes con una educación única podían encontrar una vida feliz.

O bien, podían unirse a la Décima Familia. Y matar.

Jia había elegido esto último, pero quería lo primero. Quería irse, explorar el mundo, pero la Décima estaba siendo atacada. No podía abandonar a su familia.

Saltó desde el borde de la casa de juego hacia la resguardada mampostería del templo de Tong-Shi<sup>1</sup>. Estaba repleto de espirales de estatuas e intrincados frisos, y para los pies adecuados eran tan útiles como una escalera.

Subió elevándose por encima del mosaico miserable de la ciudad, con sus botas raspando palmas en alto y cabezas inclinadas, pasando los dedos por las parábolas de piedra que mostraban a los cincuenta y nueve dioses nobles de Xiansai seduciéndose, traicionándose y combatiéndose unos a otros. Jia no les prestaba atención. A la Décima no le interesaba la complicada teología de su tierra natal, con una notable excepción.

Jia hizo una pausa ante el friso que describía *El primer robo*. Una estatua del risueño y pequeño dios Zei corría por el cielo, perseguida por la ira de los cielos.

—El embaucador Zei se deslizó entre los dioses dormidos —les había contado la Hermana Mayor Rou a los huérfanos de la Décima muchos años atrás—. Con manos hábiles y una amplia sonrisa, robó a sus hermanos y hermanas hasta que los bolsillos le tintinearón. Entonces se fue correteando por el negro cielo, cayéndosele joyas en su prisa por escapar. La mayoría se quedaron donde estaban, convirtiéndose en estrellas, pero algunas cayeron centelleando al suelo, rompiéndose en un millón de trozos...

La leyenda decía que Zei fue atrapado y desterrado de los cielos hasta que devolviera hasta la última piedra. Mil historias se iniciaron aquel día, a cuál más

---

<sup>1</sup> Tong-Shi es el dios padre del panteón de Xiansai. Se cree que es omnipresente pero no omnisciente; por ello se lo suele representar con una expresión un tanto abrumada.

ridícula. Xiansai adoraba a cincuenta y nueve dioses, pero solo amaba a uno: Zei, el sonriente embaucador que engañaba a emperadores, seducía a diosas de los ríos y recorría el mundo disfrazado de humilde joyero.

Los pulgares de innumerables huérfanos en busca de fortuna casi habían dejado lisa la cabeza del dios fugitivo de tanto frotarla. Jia deslizó el suyo por aquel cráneo reluciente y descendió por un canalón de piedra hacia la niebla de dulce humo de leña y vapor acre que pendía como un manto sobre Zhou.

Minutos más tarde, se agazapó en el borde de un tejado, a la espera. Li, decimotercer heredero de la gran familia de los Constructores, salió tambaleándose de una taberna ahí abajo, apoyado en una prostituta que no estaría sonriendo de haber sabido qué les había hecho él a seis de sus hermanas. Jia buscó la daga...

...justo cuando seis matones de los Terratenientes salieron de repente del callejón. Li gritó, desenvainó su exquisita espada de duelo con un rápido movimiento argénteo y les tiró a la mujer encima para ganar tiempo. Un Terrateniente la atravesó impacientemente y la empujó a un lado. La mujer se desmoronó, con sus ojos sin vida girándose hacia el cielo.

Jia se quedó inmóvil.

Uno de los Terratenientes se abalanzó. Li apartó la hoja con la suya y abofeteó al aspirante a asesino soltando una carcajada. Los matones se lanzaron al unísono, y Li cedió terreno, sacudiendo su espada para desviar aquellos torpes mandobles. Ninguno de ellos dedicó otra mirada a la mujer desplomada.

Jia se dio cuenta de que había sacado su daga. Se quedó mirándola. Sus entrenadores le habían dicho que se dejaba llevar por sus pasiones. Respiró hondo.

Ella solo estaba allí para una muerte. La mejor estrategia era esperar. Tal vez los Terratenientes mataran a Li por ella. Luego se irían a beber para celebrarlo, y reirían y bailarían, *y la mujer seguiría muerta.*

Jia suspiró y descendió de un salto al tumulto de allá abajo.

\* \* \*

En el nivel más bajo de la Morada Cambiante<sup>2</sup>, el Padrastro Yao depositó cuidadosamente una taza de té humeante ante Jia.

—Bebe —fue lo único que dijo.

Era un líquido oscuro en una sencilla taza de porcelana. Se rumoreaba que el té tenía un leve (y fugaz) sabor de canela para quienes no habían superado su prueba. Era un rumor absurdo. Nadie que fallara podía salir con vida del despacho del Padrastro. Exhaló bruscamente y tragó. Sabía a canela.

—Lo que has hecho ha sido una estupidez —dijo el Padrastro Yao, juntando las manos sobre su considerable barriga—. Han muerto siete hombres. Yo solo pedí uno.

A pesar de su aspecto, Yao no era un hombre blando; Jia había visto cómo le rompía la espalda a uno de los vigilantes de Liang la Ruda de un solo golpe. El Padrastro solo

---

<sup>2</sup> La Morada Cambiante es el bastión de la Décima Familia y se rumorea que se teletransporta por toda la ciudad. En realidad, la Décima usa muchas "Moradas Cambiantes", pero fomenta y adorna los rumores siempre que puede.

estaba por detrás del líder de la Décima, el adusto y silencioso Hombre Roto. Jia puso las manos en el escritorio, entre ella y Yao, para poder ver si le temblaban.

—Esa mujer... —dijo, sabiendo que los observadores le habían contado todo a Yao—. Podría haberla salvado antes de que Li la asesinara como a las demás, y los Terratenientes la mataron porque sí.

—Fue uno el que lo hizo —la corrigió el Padrastro Yao.

—Los otros no lo castigaron. Apenas se fijaron.

—No —dijo el Padastro Yao, entornando los ojos—. Pero ellos no eran tu misión.

—Hice lo que... —comenzó a decir. El Padrastro Yao dio una palmada en la mesa.

—*¡Ellos no eran tu misión!*

—*¡Me da igual!* —exclamó Jia—. *¡Las Grandes Familias hacen la guerra en las calles como si fuera un juego! La mujer trabajaba para nosotros, Padrastro. ¡Era de la familia, y la mataron!*

El Padrastro Yao juntó las manos.

—Y por eso —dijo, ya sin ningún rastro de furia—, te metiste en medio de una lucha a espadas con solo una daga y mataste a siete hombres.

—Seis —dijo ella—. Li tropezó con el cadáver de uno de los Terratenientes y se rompió el cuello.

—Asombroso —dijo Yao—. Pero imprudente. Había muchos testigos.

Jia sintió que una mano pétrea le asía el corazón. Que te vieran en tu primera misión era un fracaso, fueran cuales fueran las circunstancias. El fracaso significaba que el té que acababa de beber era veneno.

—Pero, de algún modo, ninguno te vio —dijo el Padraastro Yao, sonriente—. Enhorabuena, hermanita.

Jia se derritió en su silla, mareada por el alivio.

—Gracias, Padraastro.

—Y si alguna vez vuelves a ser tan descuidada, "castigo" será un término demasiado suave para lo que te sucederá. Debes entender que estamos en guerra con Liang la Ruda, y que cada soldado cuenta...

Jia se enderezó mientras Yao hablaba de obligaciones, distraída por... algo extraño. El despacho del Padraastro era una habitación pequeña pero lujosa, con el escritorio entre ambos, un armario y una puerta en la pared de la izquierda que llevaba al aposento privado del Padraastro. Habría jurado que había notado una corriente de aire...

Parpadeó. Un anciano huesudo de ropa raída y sandalias gastadas salió arrastrando los pies por la puerta, olfateando el aire, con su barba rala temblorosa. Se fijó en Jia y cruzó la sala hacia el armario, relamiéndose en silencio. Tras seleccionar una taza de té especialmente elegante, inspeccionó la habitación con el leve desconcierto de un invitado que se pregunta dónde guarda el azúcar su anfitrión.



Jia alternaba miradas al Padraastro Yao y al anciano. ¿Se suponía que debía ignorarlo? ¿Levantarse a saludarlo? ¿Era aquello otra prueba? ¿Lo estaba haciendo mal?

El rostro del Padraastro Yao denotó una expresión de fastidio.

—¿Se puede saber qué diablos miras? —dijo, dándose la vuelta. Se quedó boquiabierto al ver a aquel vetusto intruso sirviéndose alegremente terrones de veneno cristalizado en una taza de té.

—¡Guardias!

## Capítulo 2

*«Pero incluso desnudo como un pollo desplumado y atado a una estaca en lo alto de una hoguera, el astuto Zei se sabía más trucos que secretos tiene el mar».* —Zei y las

### Treinta Colas del Tigre

Tras cinco minutos de mucho movimiento, el Padrastro Yao estaba sentado a su mesa, mirando con cara de pocos amigos al viejo que de algún modo se había colado en el nivel más seguro de la fortaleza más secreta de todo Xiansai. Yao había ordenado inmediatamente como de costumbre que se notificara de la intrusión al Hombre Roto, quien estaba... en viaje de negocios, pero eso era solo una formalidad. Los intrusos morían.

La Tía Xa y el Tío Hao, dos de los asesinos más letales de la Décima, flanqueaban al visitante inesperado, con sus espadas desenvainadas y a punto para golpear a una orden del Padrastro. Aparentemente ajeno a la amenaza implícita, el anciano miraba sonriente el lujo que lo rodeaba, desvió su atención al escritorio que lo separaba de Yao y suspiró.

—Estoy *hambriento* —dijo—. ¿Tenéis algo que comer?

—Por supuesto —dijo Yao, volviéndose hacia Jia, quien aguardaba afligida junto a la puerta. Tal vez esperaba que la hicieran salir de la habitación. De haberse tratado de cualquier otra hermanita, es lo que Yao habría hecho. Pero Jia era diferente, siempre lo había sido. Tenía que ser más dura. Yao fingió no darse cuenta de que la Tía Xa, que una vez le había arrancado la garganta a un hombre de un mordisco, le echaba miradas de preocupación a la chica.

—Tráenos un plato de pastelillos de mi despensa, Hermanita. Luego prepara un poco de té del tarro marrón.

Jia se fue corriendo y regresó con un plato cargado de pastelillos. Al viejo se le ensancharon los ojos cuando se lo pusieron delante.

—Bueno, amigo —dijo Yao cuando Jia se había vuelto a ir a la despensa a preparar el té—. ¿Quién eres, y cómo has llegado hasta aquí?

—Por el pasadizo secreto de detrás de tu estantería —dijo el anciano, contemplando los pastelillos como si le estuvieran contando secretos—. ¿Puedo coger el de chocolate con rayas de arándano? Tiene una pinta deliciosa.

Yao frunció el ceño.

—Te he preguntado cómo te llamas.

—Sí, te he oído.

—¿Y?

—¡Creía que bromeabas! —El viejo rió, alzando las manos al aire—. ¡Todo el mundo conoce a Shen el Avaro!

—Yo, por desgracia, no —dijo el Padrastro Yao—. Coge los pastelillos que quieras, amigo.

Shen el Avaro se quedó atónito ante aquella generosidad inesperada, y se abalanzó sobre el plato.

—Bueno, y ahora me gustaría saber por qué has... —El Padrastro Yao calló horrorizado al ver cómo Shen se cepillaba la pila de pastelillos como si contuvieran el antídoto al té envenenado que Jia estaba preparando.

—... por qué has venido aquí —consiguió decir al fin Yao. La Tía Xa y el Tío Hao parecían hipnotizados ante la escabechina.

El viejo respondió con la boca llena, rociando la mesa de trocitos de pastelillo.

—Me temo que no lo he entendido —dijo el Padrastro Yao.

—No me extraña —dijo Shen, engullendo el último trozo—. Es un plan muy complejo.

—No —dijo Yao, inspirando para calmarse—. No he entendido lo que has dicho con los pastelillos en la boca.

—Mis disculpas. Deja que te lo explique otra vez... ¡Ah, ya traen el té!

Se oyó el tintineo de la porcelana al volver Jia y depositar la tetera humeante y dos tazas en la mesa.

—Gracias, Hermanita —dijo Yao, y sirvió una taza a Shen. Diminutos remolinos del color del roble pulido delataban el contenido letal del oscuro té, pero el viejo no lo notaría en el sabor ni sentiría nada. Se quedaría dormido y ahí acabaría la cosa. Pero aún quedaba la cuestión de...

Shen cogió la taza y se la bebió de un trago.

—Caramba —dijo el anciano, exhalando vapor—. Estaba delicioso. ¿Podría repetir?

Con el ceño fruncido, Yao sirvió otra taza. Shen tomó un sorbo y se lo paseó concienzudamente por la boca.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo el Padrastro Yao—. ¿Por qué estás aquí?

Shen el Avaro frunció la boca como pensando solemnemente y saboreó de nuevo el té. Una expresión de deleite se le dibujó en el rostro. Se inclinó con complicidad hacia el Padraastro Yao.

—¿Esto que noto es raíz de escorpión? —dijo, como si uno de los venenos más mortíferos conocidos por el hombre fuera un inesperado dejo almendrado.

—Sí, me temo que sí. Y si quieres...

—Es venenoso, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Yao apretando los dientes—. Y si quieres el antídoto...

—Oh, no existe antídoto —dijo Shen el Avaro, sirviéndose un poco más de té—. Es uno de los venenos más mortíferos conocidos por el hombre. Por suerte, una vez pasé un desafortunado mes atrapado en una isla repleta de raíces de escorpión y serpientes venenosas. Tuve que comérmelas para sobrevivir, claro. ¡La experiencia me hizo bastante inmune a la mayoría de venenos!

El Padraastro Yao fulminó a Shen con la mirada. Aquí había un misterio. Yao odiaba los misterios. Cruzó miradas con el Tío Hao y asintió con la cabeza.

Las Grandes Familias enviaban a sus prodigios mágicos al sagrario de los Yshari en Caldeum a que meditaran sobre el uso ponderado de ese poder para que al volver a Xiansai lo usaran de un modo descomedido. La Décima Familia prefería métodos más directos a la hora de matar, y entrenaba a los suyos en el uso de la fuerza aplicada de forma sutil sobre los órganos internos.

El Tío Hao levantó la mano, articuló una palabra y cerró el puño. Los faroles que colgaban del techo parpadearon y se balancearon como atrapados en un viento oscuro.

Durante el silencio, Shen el Avaro sorbía ruidosamente su té. Su corazón no parecía estar apretujado lo más mínimo.

Gotas de sudor cayeron por la frente del Tío Hao. Su puño ya sin sangre se estremecía en el aire.

Un temblor iba en aumento. La mesa se sacudía. Shen el Avaro terminó su té con un suspiro de satisfacción y depositó la taza.

La tetera explotó, lanzando fragmentos de cristal en todas direcciones.

Entre gruñidos, y tan solo levemente consciente de que sus asesinos se miraban frenéticamente en busca de rasguños envenenados como niños asustados, el Padrastro Yao apartó el pesado escritorio con una mano y sacó su cuchillo. Shen el Avaro permaneció sentado, inmóvil, con la frente arrugada con un interés educado. Mostrando los dientes, Yao retrocedió para atacar...

...y se detuvo. Le dolía la frente, y no por un arañazo.

Las cartas podían ser interceptadas, y los mensajeros torturados para sonsacarles información. Tras una inversión considerable y dolorosos encantamientos, el Padrastro Yao y el Hombre Roto habían obtenido otro método, más seguro, de comunicarse a distancia.

Yao había examinado minuciosamente al intruso a su llegada, y había dicho la orden de enviar entre dientes. No esperaba recibir una respuesta.

Cien susurros mentales se fundieron en un único y potente pensamiento procedente del Hombre Roto.

*Dale lo que quiera, y reza para que se vaya pronto.*

Yao se quedó sin aliento. El Hombre Roto había tomado el control de la Décima durante la Purga, cuando toda la ciudad se había vuelto contra la familia. Eran dos metros de carne llena de cicatrices, músculos y huesos soldados, y el único hombre al que Liang la Ruda, la mujer más poderosa de la ciudad, consideraba un rival.

*Reza para que se vaya pronto.*

El Hombre Roto tenía miedo de Shen el Avaro.

El Padrastro Yao envainó el cuchillo y contempló, contempló detenidamente, al intruso. Ropa ajada, manchada de polvo. Grandes bolsas bajo los ojos. Y esa sonrisa...

Todo el mundo en la Décima había pasado una vez por la Prueba del huérfano, y había frotado la cabeza de Zei para conseguir suerte. Todos conocían la leyenda del dios embaucador, atrapado en el reino mortal hasta que recuperara las joyas que había robado de los cielos.

Lamiéndose unos labios repentinamente resecos, Yao dijo: ¿Quién eres, abuelo? ¿Quién eres realmente?

—Solo un humilde joyero —respondió Shen el Avaro con gran satisfacción—. Y deseo contratar a la joven Jia para una misión muy interesante.

### **Capítulo 3**

*«La mujer del guerrero ofreció a Zei una fortuna en joyas preciosas, o una noche de libertinaje desenfrenado. Para Zei, por supuesto, no había la más mínima duda». —Zei y la noche de libertinaje desenfrenado*

La Morada Cambiante eran cinco plantas subterráneas de dormitorios y salas de entrenamiento comunicadas por una escalera de caracol fortificada. Jia subía la sinuosa escalera siguiendo con expresión hosca a Shen el Avaro. De algún modo, la noticia del visitante ya se había propagado. Ojos inquietos se asomaban por las buhederas, y susurros frenéticos resonaban en la oscuridad por los empujones que se daban unos a otros los asesinos más letales de Xiansai para poder ver.

Jia gruñó. Siempre le iban a estar recordando aquello.

—Sé que no eres él —dijo.

—¿Que no soy quién? —dijo Shen alegremente.

—¡Zei! ¡No eres Zei!

—Nunca he dicho que lo fuera.

—¡Nunca has dicho que no lo fueras!

—Ah, pero es que si me paso la noche diciéndote todo lo que soy y no soy, no tendremos tiempo de colarnos en la torre de Liang la Ruda.

Las conversaciones en voz baja que sonaban tras las paredes se interrumpieron de repente, y un centenar de alientos absorbieron el aire del hueco de la escalera. Jia se detuvo en seco.



—¿Qué? —chilló.

Shen se giró para mirarla en la curva de la escalera.

—Ah, ¿no lo había dicho? Sí, vamos a robar secretos de la Torre de la Consejera. ¿No es genial?

Las leyes de Zhou las establecía un consejo rector compuesto por un hombre o una mujer de cada una de las nueve Grandes Familias. Puesto que ninguna de las Grandes Familias era tan tonta de confiar en las demás o en colaborar con ellas, habían creado mucho tiempo atrás el papel del consejero.

Por lo general este poderoso y peligroso cargo recaía en un comerciante de éxito criado entre la masa. Este hombre o mujer informaba de los asuntos importantes<sup>3</sup> al consejo rector y ejecutaba sus órdenes<sup>4</sup>, dando tiempo a las Grandes Familias para preparar mascaradas y tramar el asesinato de seres queridos. Los consejeros trabajaban sin supervisión alguna y eran los gobernantes de facto de Zhou. Además, rara vez vivían para llegar al final de su periodo de un año.

Eso significaba que la actual consejera, Liang la Ruda, era... inusual. Había utilizado los informes cada vez más frecuentes de ataques demoníacos en las fronteras Tierras del Terror y en el resto del mundo para permanecer en el poder durante cuatro años, y había sobrevivido a dieciséis intentos de asesinato. Antes de que ella se convirtiera en la consejera, las Grandes Familias habían encargado la vigilancia de la ciudad a lo peor de sus ejércitos personales; Liang reformó, despidió o mató

---

<sup>3</sup> Es decir, importantes para la Gran Familia que más pagara al consejero.

<sup>4</sup> Ídem.

directamente a los borrachos, espías y delincuentes, dejando una fuerza bien entrenada y más compensada que solo respondía ante ella.

En resumen, Liang la Ruda era la única guardiana del orden en una ciudad que prosperaba con el caos. Y eso la situaba en conflicto directo con la Décima, que se beneficiaba de satisfacer los caprichos de los ricos y poderosos. Una guerra silenciosa había ido en aumento durante años. Los vigilantes de Liang asaltaban almacenes y masacraban a la familia adoptada de Jia en las calles. En respuesta, los tíos y tías hacían visitas a las cuarteles de los vigilantes y se aseguraban de que toda la ciudad pudiera ver las llamas.<sup>5</sup>

Nadie, ni siquiera los Constructores y los Terratenientes, se tenía más odio que el que se profesaban el Hombre Roto y Liang la Ruda.

Jia se apoyó en la pared. *Y nosotros vamos a robarle.*

—Estoy muerta —dijo.

—Solo si sus guardas nos pillan —dijo Shen el Avaro, quitándole importancia con las manos—. O si caemos al trepar.

—¿Tregar? —dijo Jia, sujetándose la frente.

—Oh, sí. Tregaremos por el exterior de la torre — Shen frunció el ceño—. Ahora que oigo el plan en voz alta, sí que suena arriesgado. Por suerte tienes un arma secreta.

—¿Sí? ¿Cuál es?

---

<sup>5</sup> Cuando un contrato requiere un asesinato sutil, el Padrastro Yao manda a un hermano o hermana mayor. Las tías y los tíos solo se envían a una misión cuando debe quedar muy claro que ciertos individuos han disgustado *gravemente* a la Décima Familia.

—¡Yo! —dijo Shen, y volvió a desaparecer tras la curva. Jia notaba que su familia la observaba.

—Sé fuerte, Hermanita —dijo uno de ellos, sacando la mano por la buhedera para tocarle el hombro—. No hagas ruido. Ten cuidado.

—Ocúltate a plena vista —dijo otro.

Jia suspiró. Eso último era una cita. Del *Libro de Zei*.

\* \* \*

Shen el Avaro dejó atrás con un salto la falsa fachada de la finca, y Jia lo siguió con desánimo. Toscas calles empedradas se retorcían entre bloques de destartaladas casas de vecindad de varios pisos que impedían ver las estrellas en lo alto.

Pero no todo el horizonte. A casi un kilómetro de distancia, la silueta serrada de la Torre de la Consejera se elevaba altanera entre la miseria circundante, esperándolos.

Shen el Avaro se quedó totalmente inmóvil en el centro de la irregular calle. Bajo la tenue luz de la luna, su barba enmarañada casi relucía, y un débil recuerdo cruzó por la cabeza de Jia...

Y se esfumó. Sacudió la cabeza y se dirigió hacia Shen. Tal vez al viejo farsante le estaban entrando dudas.

No. Estaba hipnotizado mirando a un vendedor callejero a lo lejos, en el recodo del camino que llevaba hasta la torre. El chisporroteo de la carne hacía que les llegaran, serpenteantes, aromáticas volutas de humo.

—Deberíamos ir por los tejados.

—¿Hay vendedores de carne al curry en los tejados? —dijo Shen asombrado—. Llevaba demasiado tiempo sin venir a esta maravillosa ciudad.

—No —le espetó Jia—. Es más seguro.

—Ah, sí —dijo Shen, asintiendo con aire grave—. Ante todo seguridad. No temas. Si hace falta saltar desde los tejados y enfrentarse a siete hombres, te cederé el honor—.

Se fue tambaleándose hacia el vendedor ambulante, dejando atrás y boquiabierta a Jia. Debía de haber escuchado la conversación, claro. Pero el Padrastro Yao no había mencionado el tejado...

La parrilla portátil del vendedor estaba instalada junto a una cocina abierta, conectada a su techo y sus paredes manchadas de hollín mediante un complicado dispositivo de cadenas y engranajes; era como si todo el artilingio se pudiera retirar en un momento de prisas de forma que la placa de hierro se deslizara hacia abajo y cerrara el tenderete. Jia llegó justo cuando Shen el Avaro se servía de ligeros codazos para abrirse paso entre disculpas en la pequeña cola de gente que esperaba su turno. Luego pidió todo lo que había en la parrilla.

—¿Todo, abuelo? —dijo el vendedor, arrugando el ceño bajo un sombrero de paja ancho con los bordes vueltos hacia arriba. Hizo caso omiso de las protestas de la multitud; si lo vendía todo de golpe, podría irse pronto a la cama con la bolsa llena de oro.

—¡Así es! —dijo Shen—. Mi joven amiga y yo tenemos por delante una difícil escalada y...

—Nosotros estábamos antes, viejo —refunfuñó una mujer de mediana edad de ojos cansados y con una bolsa pesada y que cloqueaba al hombro.

—¿De veras? ¡Imposible! —dijo Shen—. De haber tenido una mujer tan guapa haciendo cola ante mí, me habría fijado. ¡Pero nadie debería quedarse con hambre! ¡Vendedor! —exclamó, dando un manotazo—. ¡Carne para todos mis amigos!

Jia pasó junto a la mujer ligeramente sonriente y un músico callejero con un enorme instrumento de dieciocho cuerdas a la espalda.

—¿Qué estás *haciendo*? —dijo entre dientes.

—Preparando nuestra misión secreta —dijo Shen con un susurro que probablemente se oyó al otro extremo de la calle. Se oía un chisporroteo.

—¡Estás armando un escándalo!

—Ah. Quizás tengas razón —dijo Shen—. Actuaré con más discreción.

—Abuelo —dijo el vendedor, con los ojos como platos—. ¡Su... su mano!

Shen lo miró. Miró luego la mano con la que había dado el manotazo... en la parrilla al rojo vivo.

—¡No pasa nada! —dijo el viejo, apoyándose en la parrilla con la otra mano—. Aguanto bien las quemaduras, y esta noche refresca. Bueno, ¿qué hay de mi carne?

—Primero el dinero —dijo el vendedor, haciendo una mueca ante el chisporroteo incesante.

—Oh, por supuesto. Mis disculpas —Shen se enderezó y rebuscó en sus bolsillos con ambas manos, murmurando. Finalmente, adoptó una expresión alegre y se sacó un rubí. Sus palmas no estaban quemadas.

—¿Bastará con esto?

Todos los ojos fueron de las manos al rubí, y luego al rostro arrugado de Shen. Alguien susurró "Joyero", luego "Zei", y esta vez incluso Jia... no estaba segura. La joya. La piel perfecta cuando debería estar achicharrada. El veneno. La magia. *¿Quién era?*

Aun así, Jia era joven, y enseguida recuperó su cinismo natural.

—¿A esto lo llamas discreción? —dijo.

—No es el más grande que tengo —dijo Shen con aspecto preocupado.

—¡Podrías comprar esta calle con eso! —dijo Jia—. ¿Y lo gastas en unas raciones de carne de ternera?

—¿Es que no la hueles? ¡Esa carne tan succulenta por un rubí es una ganga!

—Eres un idiota —dijo Jia.

—La belleza vuelve idiota incluso al mejor de los hombres—dijo Shen, haciéndole un guiño a la mujer del saco de gallinas. Esta se sonrojó como una sacerdotisa—. Pero no te falta razón.

»Vendedor, incluye ese magnífico sombrero, y este mísero rubí será tuyo —dijo, blandiendo la gema en alto. Los ojos del vendedor no la perdían de vista.

—Deja de exhibirla —dijo Jia—. ¿Quieres que te maten?

—¿Esta buena gente? —dijo Shen mientras entregaba el rubí y se llevaba su nuevo sombrero a la cabeza—. A mí me parecen de fiar. Además, ¿quién sería capaz de matar a alguien por mis joyas?

—Solo la mayoría de la ciudad —dijo Jia—. Deja de hablar a gritos de tus malditas joyas.

—Yo estoy encantado de compartirlas —dijo Shen, ajustándose el sombrero—. Tengo muchas.

Como por un resorte, tres matones escuálidos salieron con aire arrogante de un callejón cercano. Jia tiró ligeramente un pie hacia atrás y dejó que una daga se deslizara en silencio hacia su mano, oculta entre la muchedumbre nerviosa. Esos idiotas no llevaban la marca de la Décima, lo que significaba que trabajan por libre sin autorización<sup>6</sup> y que era improbable que se fueran si ella se lo pedía. De hecho, probablemente intentarían matarla. No tendría más remedio que matarlos ella ant...

Una patrulla de los vigilantes de la consejera se acercaba por el otro lado. Estupendo. Y ahí estaba ella con su armadura de asesina que tan desapercibida pasaba.

Por lo visto el vendedor también podía ver el futuro. Tiró el carrito hacia atrás y el techo de hierro comenzó a cerrarse.

---

<sup>6</sup> La Décima no se andaba con chiquitas en lo que a competencia se refería en Zhou. O los ladrones, timadores y peristas por cuenta propia pagaban a la familia un porcentaje de sus ganancias, o perdían un porcentaje, generalmente de algo vital.

Shen el Avaro lo paró con una mano y volvió a subirlo sin la menor señal de esfuerzo.

—Eso que veo en la estantería de ahí atrás —dijo—, ¿es vino de jengibre?

Mientras tiraba desesperadamente del mango que no se doblaba, el vendedor asentía con la cabeza.

—Te daré un ópalo por cada botella —dijo Shen. Su voz resonaba en lo alto contra los edificios.

El vendedor se quedó helado. Al matón calvo se le cayó la porra.

—¿*En serio?* ¿Un ópalo por cada botella? —dijo Jia.

—No he bebido todo el vino de jengibre que me habría gustado en mi vida —dijo Shen solemnemente—. Es una de las cosas que más lamento.

Jugándose la vida por los ópalos, el vendedor le pasó a Shen una botella. Shen se la tiró al matón calvo sin mirar.

—¡Vino para mis amigos! —anunció el viejo—. ¡Y ahora que ya tenemos público, necesitaremos música!

¿Público? Jia miró hacia arriba. La gente se asomaba por las ventanas abiertas, intentando ver qué estaba pasando. Eso era algo insólito. Por la noche, Zhou era una ciudad de puertas cerradas con llave y persianas bajadas. No intentabas averiguar a qué se debía un alboroto a menos que quisieras que el alboroto subiera a tu casa a verte.

—¿Me prestas tu mattar, joven? —dijo Shen al músico callejero.

—¿Me da un poco de vino?



—¡Un trato justo! —Se produjo el intercambio de vino por instrumento. Shen se tambaleó bajo el peso del mattar—. Pesan más de lo que recordaba. Necesitaré las dos manos.

—¡Eh, tú! —le dijo al matón calvo—. Ayuda a nuestro amigo el vendedor a pasar el vino a todos. ¡Los demás, cantad si conocéis la letra!

Todo el mundo se sabía la letra, más que nada porque era picante. No había muchas letras decorosas sobre Zei. Cuando llegó a la parte en la que la presumida reina encontraba a Zei en el árbol con sus tres hermanas, la mujer de los pollos y el matón calvo se abrazaban muertos de risa.

La calle se llenaba cada vez más de gente, y a todo el que venía le pasaban una botella. Llegaron los vigilantes, haciendo sonar sus silbatos para llamar a los guardias y que se encargaran de aquel caos. Recuperado su mattar y tocado con el sombrero de Shen, el músico callejero tocaba como un poseso y cantaba junto a sus nuevos amigos. El vendedor llamó a gritos a su mujer para despertarla, le dijo que escondiera la bolsa de ópalos y que trajera más vino de jengibre y carne cruda de la bodega...

A varias manzanas de distancia y diez minutos más tarde, Jia y Shen el Avaro se encontraban al borde del patio que rodeaba la Torre de la Consejera. Mientras observaban, la última de las patrullas a pie se dirigía hacia donde se estaba produciendo el improvisado festival callejero.

—Eres un viejo diablo muy astuto —dijo Jia—. Has hecho todo eso a prop... Un momento, ¿te has traído una botella de vino?

—Me entra sed cuando hay que escalar mucho rato —dijo Shen, descorchando la botella con un pulgar entrenado y dejándola medio vacía con tres tragos.

Irritada porque un hombre que como mínimo tenía cuatro veces su edad la obligara a ser el adulto en esa situación, Jia dijo: —No puedes subir por esa torre borracho, viejo.

—¿Por qué no? —dijo Shen—. He subido por miles de torres. Estar sobrio nunca ha hecho que la experiencia fuera mejor—.

—¡Te caerás!

—Oh, no, no. Soy demasiado delicado para caer. Aunque no he puesto a prueba la teoría, estoy seguro de que bajaría flotando suavemente hasta el suelo.

—Muy bien —dijo Jia pellizcándose el puente de la nariz—. Vamos allá. Cuando dé la señal...

Shen ya estaba correteando por el patio. Jia soltó un reniego y fue tras él, esperando el grito de un guardia en cualquier momento. No se produjo ninguno, aunque tenía que haber arqueros en los tejados de los alrededores. Parecía que la suerte de Shen se le estaba pegando.

Shen llegó a la torre, se guardó la botella en su extensa maraña de bolsas y trepó por los primeros tres metros de la pared vertical como un mono rabioso. Jia tuvo que usar todos sus músculos y emplearse a fondo con los puntos de apoyo para poder seguirle el paso.

Zhou caía por debajo de ellos. La oscuridad gobernaba la ciudad dormida, salvo por el Festival de Zei<sup>7</sup> en miniatura que Shen había creado y los resplandecientes grupos de antorchas y faroles que señalaban el Mercado Eterno al este.

Pasados unos instantes, Jia se dio cuenta de que Shen ascendía más o menos recto por la pared. Tras fijarse ahora, vio muescas irregulares hábilmente esculpidas en la piedra pulida, invisibles desde abajo.

—Alguien más ha trepado por esta torre —dijo.

—Ah, sí —dijo Shen, sin haber perdido ni pizca de aliento—. Mi hijo viene aquí bastante a menudo.

—¿Hijo? —dijo Jia—. Pero si no paras de insinuar que eres...

—¿Célibe? Jamás. Las mujeres volcarían montañas al mar antes de permitir algo así.

—No, un dios. Y *por favor*, no hables de s... De celibato —dijo Jia, sonrojándose.

—¿Por qué no? —dijo Shen inocentemente, parándose para rascarse la barbuda barbilla, con una mano huesuda encajada en una grieta.

—Porque tú eres...

—¿Increíblemente guapo? ¿Agradablemente fragante?

—Viejo.

---

<sup>7</sup> Xiansai celebra muchas festividades dedicadas a hacer el ridículo en público, pero ninguna se puede comparar a la depravación absoluta y absurda del Festival anual de Zei, que incluye catorce desfiles diferentes por la ciudad, recreaciones increíblemente vulgares de las numerosas aventuras del dios, y la tradicional avalancha de burlas y bromas que casi siempre acaban haciendo que barrios enteros resulten inhabitables durante semanas.

—Eso es verdad —dijo Shen, asintiendo con pesar—. Soy viejo. Demasiado viejo, de hecho, para seguir cargando con esta pesada botella de vino. Cógela.

Dejó caer la botella, y Jia a duras penas la atrapó antes de que cayese en picado ante ella para hacerse pedazos contra los adoquines que había mucho, mucho más abajo.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto?

—Bebértela —dijo Shen. Una ráfaga de viento hizo ondular sus vestiduras mientras apoyaba un pie enfundado en una sandalia en una grieta minúscula—. ¡Luego rompe la botella para ahuyentar las resacas!

—No voy a... Muy bien, ¿de verdad funciona eso?

—Es posible —dijo Shen—. Personalmente, me gustan las resacas. Me recuerdan...

Se calló. El silencio era tan inesperado que Jia se sintió impulsada a llenarlo.

—¿Te recuerdan a...?

—Oh, recuerdos —dijo Shen, sonriéndole desde arriba.

Por primera vez, Jia lo miró realmente. Bajo esa barba extrañamente familiar y la sonrisa fácil, había visto un brevísimo atisbo de... tristeza, encerrada tras muros elevados y una puerta fortificada. Una puerta que se había vuelto a cerrar.

—Me estabas hablando de tu hijo —dijo ella, metiéndose la botella en su armadura acolchada.

—Ah, sí. Se encarama por esta torre más a menudo de lo que debería. Verás, él y Liang son amantes en secreto.

La mano de Jia se quedó inmóvil en el aire.

—¿Liang la Ruda? ¿La consejera de cuya torre estamos colgando? ¿Esa Liang?

—Eso es —dijo Shen alegremente—. Llevan muchos años enamorados. Décadas, por lo menos.

—Eso es imposible —dijo Jia. Se han compuesto canciones sobre la falta de interés de la consejera en temas románticos. Liang había rechazado cientos de proposiciones de varios miembros de las Grandes Familias; era, consideraba Jia, una de las pocas virtudes que la redimían.

—Imposible, no. Tan solo sorprendente. Será mejor que susurres a partir de aquí —añadió Shen. La ventana de la consejera se vislumbraba más arriba.

—Y ese hijo tuyo —dijo Jia, convencida de que Shen le estaba tomando el pelo—. ¿Es también un famoso conquistador de mujeres? ¿Un dios disfrazado?

—Ah, ¿no te lo he dicho? —dijo Shen—. Tú lo conoces como el Hombre Roto.

Jia resbaló. Más rápido que un rayo, Shen alargó un brazo y la agarró por la muñeca con un gruñido. Las botas de Jia colgaban en el vacío, a decenas y decenas de metros en medio del aire aullante.

—Cuidado —fue lo único que dijo antes de balancearla hacia la pared. Jia se aferró a ella durante un momento, con la cara pegada a la fría piedra, intentando recuperar el aliento.

—No —alcanzó a decir al fin—. Estamos en guerra con la guardia de Liang. Se odian.

—La pasión forma parte de ello, sí —dijo Shen, avanzando de nuevo. O bien el tema o bien el conato de caída habían dejado su voz sin ese humor natural.

La ventana estaba ahora a tan solo metro y medio.

—¡Te equivocas! El Hombre Roto no nos traicionaría. —Notó la desesperación en sus propias palabras y se odió por ello.

—Ella es la primera a quien fue leal —dijo Shen amablemente—. Y la Décima está en tercer lugar, muy por detrás.

—¿Tercero? ¿Entonces qué es lo segundo?

—¡Me alegra que lo preguntes! —dijo Shen contento—. Ese es el secreto por el que te he traído aquí, para que lo descubras.

Y con un brazo nervudo la subió agarrándola por la parte de atrás de la armadura a la repisa de la ventana.

Una brizna de luz de la luna atravesaba el dormitorio de la consejera, iluminando una suntuosa alfombra, una chimenea y una cama. Liang la Ruda estaba de cara a la pared, tirando de una bata sobre su espalda desnuda y sus hombros pálidos.

Desnudo hasta la cintura, el Hombre Roto salió de la oscuridad detrás de ella, con más cicatrices que piel. Dos manos de asesino se deslizaron en torno a la garganta de ella, tirándole la barbilla hacia arriba suavemente, muy suavemente, para besarla...

Volvió a ocurrir como en el tejado. Jia se había colado por la ventana con la daga desenvainada antes de que su cerebro hubiera tenido tiempo de asimilarlo.

Liang la Ruda se zafó de los brazos del Hombre Roto. Abrió la boca...

...y él se la tapó, sujetándola. Con expresión inescrutable, el Hombre Roto se quedó mirando a Jia, que supo que el hombre no podía dejarla marchar con vida. Ninguno de ellos podía.

No iba a escapar por donde había venido. Jia se abalanzó a la repisa y tendió una mano hacia Shen el Avaro... que no estaba allí. La pared que bajaba hasta el patio estaba completamente vacía de lunáticos que se creían dioses. Maldiciendo, se dio la vuelta justo a tiempo para ver al Hombre Roto tratando de agarrarla...

Jia le hizo un corte en la muñeca con su daga, se agachó por debajo de su brazo cuando el hombre retrocedió y corrió hacia la única salida que le quedaba...

—¡Guardias! —rugió Liang a sus espaldas. Dos vigilantes irrumpieron por la puerta, la única esperanza de escapatoria de Jia, con las espadas desenvainadas. Sin pensar, se sacó de la armadura la botella de Shen y la arrojó a la cabeza del que tenía más cerca. Lo golpeó como si fuera una campana, y el guardia se tambaleó hacia un lado. Jia se escurrió del arco plateado del mandoble del otro guardia, en cuyo antebrazo hundió su daga, y atrapó la espada que caía.

Giró sobre sus talones, ignorando los alaridos del guardia, y a duras penas desvió — oh, dioses— la hoja de Liang. Esa mujer había matado a docenas de asesinos de la Décima. La familia de Jia. Y el Hombre Roto, protector de la familia, estaba *enamorado* de ella...

Goteando sangre por su muñeca herida, el Hombre Roto cruzó el dormitorio a la carga. Liang intentó alcanzarla una vez, dos veces, y Jia, bufando de rabia, se movía con el impulso de los golpes, eludiendo por los pelos las hojas de la consejera, girando...

...y, concentrando su furia desconsolada en un solo grito, Jia lanzó tanto la daga como la espada al pecho del Hombre Roto.

Este las apartó del aire de un manotazo y siguió avanzando.

Jia se dio la vuelta y salió corriendo del dormitorio por el pasillo hacia una escalera de caracol. En los escalones de abajo sonaban botas de armadura. La única opción era ir hacia arriba.

Arriba estaba la muerte, lo sabía. Iba a morir, y su familia seguiría sufriendo por las mentiras del Hombre Roto...

Llegó a la cima de la torre iluminada por la luna. Era un lugar de una calma extraña. También era, claro está, un callejón sin salida.

Jia corrió hasta el borde del tejado, jadeando, solo por si acaso alguien había sido tan considerado de instalar una escalera desde que ella había subido. No. Una caída libre hacia el patio allá a lo lejos. Podía bajar hasta la ventana de la consejera y los asideros, pero no con prisas. Y a juzgar por los gritos, los guardias ya casi estaban ahí.

Jia cerró los ojos. Había una historia. Una historia sobre Zei...

*Perseguido por los Señores del Fuego, el astuto Zei trepó a lo más alto del cielo. Y cuando ellos se burlaron de él, Zei plantó un beso en la sonrojada mejilla del alba y saltó...*

Jia abrió los ojos. A sus espaldas, el acero raspaba la piedra con el avance de los guardias. Quizás nunca pudiera viajar al horizonte como quería, pero podría volar una vez más...

Dio la espalda al precipicio, con el talón al borde del olvido. Al menos veinte guardias la tenían arrinconada en medio círculo de lanzas y espadas refinadas.



Veinte soldados con una sonrisita en la cara que tal vez luego irían a hacer daño a su familia.

Suspiró, y se lanzó a la carga.

Una espada intentó cortarle la garganta y ella ya no estaba allí. Una lanza cargó contra su espalda y ella la dejó pasar por detrás antes de agarrar el mango y arrancárselo de las manos al guardia.

Se oyó resonar roble contra acero con los golpes que Jia propinaba con el mango de la lanza a los cascos, y un guardia cayó al suelo, gritando, cuando ella le clavó perfectamente la punta en el muslo a través de un hueco en sus musleras. Jia siguió luchando, sabiendo que iba a perder. La fueron conduciendo hacia el abismo y un golpe afortunado le partió en dos la lanza. Uno de ellos la agarró por detrás, y ella, gruñendo, le hundió la lanza en la parte superior del pie, se escabulló de sus brazos girándose y le incrustó la punta en el pecho.

El mango se astilló. Jia le arrebató la espada al guardia antes de que este cayera de la torre, y se lanzó de lleno contra quienes iban a ser sus asesinos. Cada mandoble de su hoja desviaba varios golpes; cada ataque hallaba carne. Riendo, bailaba y giraba y luchaba sin parar...

Cuando quedaban nueve guardias, uno la derribó con un puño enfundado en un guantelete, y otro le quitó la espada de una patada.

Mareada, vio a luz de la luna la sombra del hacha alzándose sobre su cabeza, y oyó a alguien... alguien subiendo a todo correr por las escaleras...

El Hombre Roto salió del hueco de las escaleras como una exhalación, agarró a dos guardias por el cuello y los tiró torre abajo. Se dio la vuelta y cazó una lanza detrás de su cabeza justo cuando la punta le rozaba la piel. Aplastó con un revés el casco del lancero.

Jia se lanzó a por su espada, recuperándola a tiempo de parar un golpe dirigido a su pecho. Con los nudillos desgarrados goteando sangre, el Hombre Roto se alzó por detrás del desafortunado guardia, lo cogió por la cabeza con sus enormes manos y apretó.

Los cinco guardias restantes, que conocían al Hombre Roto de vista, retrocedieron. Pero Jia sabía que él no les perdonaría la vida. Al igual que ella, eran testigos...

...pero Jia se dio cuenta, frunciendo el ceño, de que el Hombre Roto podía haberla dejado morir.

El hombre al cual el viejo y frágil Shen el Avaro había llamado hijo suyo mató a tres guardias más en cuestión de segundos. A los últimos dos los golpeó entre sí hasta que dejaron de moverse, y los arrojó escaleras abajo.

Se dio la vuelta, chorreando sangre por una docena de heridas.

—Es tu madre —dijo.

Jia se quedó mirándolo sin comprender. El secreto de Shen. Liang y el Hombre Roto llevaban décadas enamorados...

—Y tú eres...

—Sí.

No había intentado hacerle daño. Había intentado detener a Liang, que no la había reconocido.

Jia se dio cuenta de que tenía sus ojos; era la primera vez que pudiera recordar que él la miraba.

—Sabía que él te traería aquí —dijo—. Costara lo que costase.

De haber sido aquello una de las historias que oía de pequeña, se habría arrojado a sus brazos. En lugar de eso, lo abofeteó, y habría dado lo que fuera por no haberlo hecho.

—Lo siento —dijo el gigante de ojos oscuros—. Soy una diana. No podía convertirme a ti en otra.

A su izquierda, un sonido de seda rozando piedra. Liang la Ruda la miraba desde las sombras del hueco de la escalera. Ahora que Jia sabía qué buscar, era indudable que ella y la consejera eran casi idénticas.

Apretando los dientes, Liang la Ruda se giró sin decir palabra y se fue escaleras abajo.

—No te ha visto desde que naciste —dijo el Hombre Roto—. No habría enviado a los guardias a por ti de haber sabido que eras tú.

—No sé si creérmelo —dijo Jia, recordando la furia gélida en los ojos de su madre.

—No la conoces —dijo su padre, pero el descomunal hombre no parecía seguro.

—Y tú sí —dijo Jia inexpresiva.

—Desde que éramos niños luchando por comida en las calles —dijo—. Pero cuando me uní a la Décima y la convertí en mi familia, ella partió sola.

Jia sentía que se le despertaba en el corazón una admiración indeseada. Su madre, a fuerza de ingenio y voluntad, había salido de las calles, consiguiendo los contactos adecuados, convirtiéndose en la consejera, sobreviviendo...

...para convertirse en Liang la Ruda, que perseguía a los niños asesinos de su amante. Jia no podría perdonarla, aunque ella se lo pidiera.

—Deberíamos hablar con ella —dijo el Hombre Roto—. Ahora que te ha visto...

Jia contuvo un suspiro al comprender la situación. *Ante todo es leal a Liang, luego a mí, y a la Décima en tercer lugar, pero quiere conservarnos a todos...*

—Jamás seremos una familia —dijo—. ¿Lo entiendes? Ella no parará solo porque tú la ames. Esto terminará con su muerte o con las calles teñidas de nuestra sangre, *y lo sabes.*

—Es tu madre —dijo él.

—No —dijo Jia, poniéndose en cuclillas en el borde del tejado—. Es tu amante. Yo soy huérfana.

Y descendió, dejándolo solo en la torre, rodeado de muertos.

## **Capítulo 4**

*«Las sombras desaparecen a la luz del día. Los agujeros pueden ser registrados.*

*Ocúltate a plena vista, y nunca te encontrarán».* —Libro de Zei

Horas más tarde, Jia estaba sentada de nuevo en lo alto del templo de Tong-Shi, con la espalda apoyada en el friso de Zei y los pies suspendidos en el aire. Faltaba poco para el amanecer. La Fortaleza del Consejo relucía con luz de faroles como un collar en la garganta de las oscuras Montañas Guozhi. Las chimeneas de la Forja Enterrada quemaban con un carmesí intenso.

Quería irse. La Décima era su familia, pero sus hermanos y hermanas no eran —en su mayoría— niños. Disfrutaban de esta vida, de esta batalla constante. Y ella, a fin de cuentas, no.

Jia sabía que moriría en una guerra sin sentido por amor a su familia y la estúpida lealtad que aún sentía hacia su padre. Quería irse, pero el deber la retendría aquí.

—Hola, nieta —dijo Shen el Avaro, dejándose caer a su lado en el saliente.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo Jia.

—Una niña debería saber quiénes son sus padres —dijo Shen, balanceando los pies en el aire—. ¿Cómo, si no, puede saber en qué no ha de convertirse?

—Más bromas —dijo Jia, apartando la mirada.

—¿Bromeo? —dijo Shen con tono severo—. Tu madre quiere gobernar esta ciudad sin oposición, y toma medidas para erradicar a todas las Grandes Familias. Tu padre sabe que no se detendrá tras nueve. Pronto, su amor condenado no será suficiente, y este país sufrirá una nueva guerra civil. Sé más sensata que ellos, nieta.

Jia se lo quedó mirando. Atrás quedaban las sonrisas fáciles. En su lugar había más pesar del que un centenar de vidas podría soportar.

—¿Debería saber también quién es mi abuelo? —dijo al fin. Shen se volvió para contemplar el friso del sonriente Zei huyendo de la ira de los dioses. De perfil, ambos rostros eran exactamente iguales.

—Qué joven tan guapo —dijo Shen el Avaro, sonriendo ligeramente.

—¿Qué debería hacer? —dijo Jia después de que un momento de silencio le dijera que Shen no iba a decir nada más—. ¿Intentar lograr la paz entre mi madre y mi padre? ¿Huir y esconderme?

—Haz lo que quieras —dijo él, rozándole la mejilla—. La vida puede ser tan corta.

—Para los mortales, querrás decir.

Shen no dijo nada al principio.

—Mira todo esto. —Recorrió todo Zhou con la mano—. Antaño fue una pradera con varias tribus pequeñas desperdigadas. Había flores.

»Entonces el mundo cambió. La gente contaba historias y observaba los cielos a la espera de indicaciones de seres más poderosos que ellos. Las historias se convirtieron en leyes y obligaciones, y las tribus crecieron y se enfrentaron unas con otras. Creían que no tenían alternativa. Y esperaban augurios.

Señaló despreocupadamente al cielo. Un cometa ardiente, una bola de fuego serpenteante con un rastro de ceniza, explotó allá en lo alto. Sobrecogida, Jia miró a Shen el Avaro.

—Eso no ha sido cosa mía —dijo con los ojos muy abiertos.

Jia se rió.

—Escúchame —dijo él, mientras observaba a la estrella pasar sobre sus cabezas y caer hacia el sudoeste en dirección a las lejanas tierras de más allá de la isla de Xiansai—. Tienes el corazón de tu padre y la ira de tu madre. Lo supe desde el momento en que lo vi traerte a casa por primera vez. Pedí cogerte en brazos, claro. Me tiraste de la barba ferozmente.

Al fin, Jia recordó: sus deditos se enredaron en su barba rala y radiante a la luz de la luna. Debería haber sido demasiado pequeña para acordarse de esa noche, pero el recuerdo estaba ahí de todos modos.

—Bueno —dijo Shen—, eres una niña de la Décima Familia, y mi nieta. Pero no estás atada por nuestras decisiones, y no eres un soldado en nuestras batallas.

La cogió suavemente por la barbilla y la miró.

—Diga lo que diga cualquiera, eres libre —dijo.

A la luz de la estrella fugaz, Shen parecía inmensamente fatigado, increíblemente viejo. Jia sabía sin preguntarlo que él seguiría a la estrella. Para él significaba algo.

Para ella no significaba nada.

Durante un buen rato, se quedaron en un cordial silencio. Luego Shen olfateó.

—¿Eso es pimenez salado? —preguntó, poniéndose en pie.

Jia arqueó las cejas.

—Más vale que vayas a ver —dijo—. Tal vez se les agoten.

—Tienes razón —dijo Shen, asintiendo con urgencia—. Guárdame esto. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos.

Dejó caer una de sus innumerables bolsas en el regazo de Jia, le puso los labios en la coronilla y se deslizó por los canalones del templo persiguiendo aquel olor increíble.

Jia miró dentro de la abultada bolsa. Encima de una serie de diamantes perfectos había una gema agrietada y ennegrecida. Era, comprendió, un tipo de joya protectora, pensada para desviar ataques mágicos. Como el que el Tío Hao le había lanzado a Shen la tarde anterior.

Aguardó a que el alba ardiera en el horizonte y se levantó, estirando las piernas y metiéndose la bolsa en la armadura. Podía volver a la Morada Cambiante a desayunar. Podía pedir disculpas a su padre. O podía buscar pasaje en un barco y ver tierras sobre las que únicamente había leído.

Podía ir a cualquier parte.